

Questo Castigo

por
Santiago Arellano y Murria

(CUENTO)



MARÍA Luisa era una preciosa chiquilla, con todos los encantos que pueden proporcionar diez y ocho primaveras. En ella había derrochado la naturaleza la magia multiforme de sus miríficos tesoros: los pinces de luz de Rubens y Ticiano la habrían tomado por modelo, y Pigmalión hubiera trocado por ella la muda y gélida belleza de Galatea. María Luisa era todo eso, y era algo más: era rica, inmensamente rica. Hija única de poderoso banquero, vió satisfechos sus caprichos en todas las ocasiones, sin tasa ni medida. Todas las frentes se inclinaban ante ella; su palabra era un oráculo a quien nadie osaba contrariar; su hermosura, irresistible imán al que prendidos quedaban todos los ojos y los corazones todos, sin atreverse empero a manifestar explícitamente sus apasionados deseos, disfrazándolos con vagas sonrisas y comedidos requiebros. Cuantos galanes tuvieron el valor de aproximarse a la hermosa María Luisa, forzados se vieron a abandonar el campo no bien insinuaron sus amorosas ansias. En venganza a la fama de beldad de la joven, añadieron los defraudados la de coqueta y desdenosa, y con razon o sin ella sucedió que ya nadie, o casi nadie, se atrevía a solicitar la atención de la zahareña hija de Don Pedro Múgica.

Aquel verso, "¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!", hacía sonreír a María Luisa, pues a ningún vate se le ocurrió nunca profetizar desdichas a la que tuvo la suerte de ver mecida su cuna por las manos áureas y suaves de la opulencia y fué dotada por la natura del dechado de perfecciones que en ella se compendaban. Pero aquel verso tenía también la virtud de evocar en la blonda y versátil cabecita de la feliz pucela un reciente ejemplo del poder fascinador de su esplendorosa juventud. Entre los innumerables empleados de su padre, contábase un joven de modesta apariencia, pobre subalterno del Negociado de Cuentas Corrientes, a quien había visto una sola vez dentro de su casa, hablando con su padre en el lujoso despacho cercano a su edénico camerino de soltera. Lo vió, sin darle más importancia que al perrito japonés que dormitaba sobre una piel de tigre, al pié del escritorio. ¿Qué significaba para ella un empleadillo de su padre? Sólo recordaba haber notado que aquel joven llevaba la ropa asaz

usada, aunque limpia, y que las mangas de la americana, por la parte inferior, le brillaban con exceso. No pensaba que aquel moderno galeote se servía de esa parte de la indumentaria para remar sin descanso en la lujosa trirreme donde ella navegaba por el mar constantemente azul de su vida sin zozobras. ¡Ah!, ella no conocía los equilibrios, los prodigios acrobáticos que es preciso realizar para vivir con mil pesetas anuales de sueldo, manteniendo a la madre anciana y enferma. No sabía que los pupitres, apoyado a los cuales pasaba su existencia el desdichado, no sólo gastaban las mangas de la americana, sino que también agostaban una a una las azules miosotis de toda ilusión juvenil.

Pero es el caso que el misero paria había resultado ser poeta, y así lo atestiguaban los inspirados madrigales y epístolas que a raíz de la visita del joven a la casa del magnate, llovían sobre María Luisa: versos saturados de amor, henchidos de inominadas esperanzas, cartas en que se reflejaba un alma ardiente y una poderosa cerebralidad. Y no paraban aquí los atrevimientos del mozo. Todos los días veía María Luisa cruzar por frente a su balcón, arrebolado, tímido, sin osar alzar la vista cuando ella se destacaba sobre la ménsula del balcón encristalado, como una reproducción de Flora, rodeada de los claveles y geranios de miniados maceteros. Ella, por supuesto, no le hacía caso ninguno; y hasta se burlaba de él remembrando cómo una mañana, al pasar el poeta por la acera de su casa, cayó casualmente un clavel marchito e incoloro, por haberse desgajado a impulsos del viento el muerto peciolo que lo sostenía: y fué de ver el gozo del poeta al mirar a sus pies la flor que creía obsequio o fineza de María Luisa, y la rápidez con que la alzó del suelo, y los besos tiernísimos que aplicó a los pétalos ajados. ¡Qué gracioso! Sólo a un poeta podía ocurrirle una equivocación así.

Pasaron meses, pasaron dos años. El poeta, cada vez más enamorado; María Luisa, cada vez más desdenosa. No había nacido aún el Orfeo que sedujera a aquella Eurídice, ni el Tesseo que domara tal fierecilla. Abroquelado su corazón por la riqueza, era invulnerable a los dardos del amor vestido de americana, y sobre todo, "ama-



rrado al duro banco de la galera turquesa" de su padre.

Así las cosas, tomó el poeta la decisión de probar fortuna allende los mares: se marchó a América. Perdidas las amorosas esperanzas, comprendió que el oro vale más que la poesía para cautivar corazones. Y en verdad, razón de sobra tenía, pues mientras luchaba desesparadamente en el Nuevo Mundo por allegar una fortuna, María Luisa, sin sentir amor ninguno, comenzaba a "flirtear" con Carlos Urquijo, primogénito de otro prócer de la banca.

II

—Llévame a San Sebastián, papáito—imploraba María Luisa una hermosa mañana de junio, sentada en las rodillas de su progenitor.—Este calor es insufrible, y principalmente, es de mal tono pasar en Madrid el verano.. ¿Qué dirían mis amigas?

—Déjales, Marichu, que fígan lo que quieran. Estoy atareadísimo con esta baja de valores que nos ha cogido a todos de sorpresa. No es posible que distraiga mi tiempo con fútiles veraneos. En cambio, yo te prometo llevarte el año que viene a Niza, a Biarritz, en fin, a cualquier parte. Pero ahora no es posible que nos movamos de aquí.

—¿Por qué, papá?

—Ya te lo he dicho: porque el barco sin piloto

en medio de la tempestad, pronto se va a pique. Tú no querrás, por un ligero pasatempo de cuatro semanas, perder las comodidades de toda tu vida, o arriésgarte a perderlas. ¿Verdad, niña, que no? Tengo que dejarte—añadió consultando su reloj—; me esperan en la Bolsa.

Abrazó cariñosamente a su hija, y al poco tiempo se vió a la puerta de la calle. Había ya desaparecido de su enérgica fisonomía el aire de disipante ligereza con que hablara a María Luisa: una lágrima pugnaba por brotar de sus ojos, vitrificados por los negocios. Aquella linda figulina, carne de su carne, tenía el poder de conmovérle. ¡El, que nunca le negara nada, verse obligado (obligado, sí) a privarla del placer insignificante de un veraneo! Y no podía hacer otra cosa: estaba arruinado. o cuando menos, sus asuntos financieros tomaban tal cariz amenazador, que ya sentía crugir los cimientos de su hasta entonces sólida Casa de Banca. Varios millones acababa de perder con la ruidosa quiebra de la Compañía Minera, de Bilbao, y. para colmo de males, recibía un aviso del Banco del Río de la Plata de Buenos Aires, previéndole que el Sr. D. Roberto Villa, que ya estaba apunto de llegar a España, portaba un giro contra su casa por la enorme suma de un millón de pesetas, que debían abonársele en efectivo. ¿Cómo disponer de aquella cantidad en el corto plazo de una o dos semanas?

Con estos pensamientos salió de casa el padre de María Luisa, quien, ignorando las vicisitudes que amargaban al autor de sus días, dióse a refulfuñar contra la paterna tacañería, sin saber en quien desahogar sus iras de niña mimada.

Así transcurrieron varios días. El banquero, taciturno apenas hablaba con su hija. Por otra parte, el "flirt" de María Luisa con Carlos Urquijo había terminado días atrás, con la misma frivolidad con que empezara. Lo raro era que Carlos había sido el causante del rompimiento, por motivos pueriles, que tal vez entrañaban algún misterio, inescrutable por el momento.

En esta situación de ánimo, recibió María Luisa una carta de letra conocida, pero ya olvidada, cuyo texto y estilo eran idénticos a aquellos con que cinco años antes la asediara el poeta enamorado. Los conceptos de la misiva eran igualmente humildes, apasionados, respetuosos. El tiempo no había cambiado el alma del lírico trotamundos. Pero, ¿a qué venía el molestarla nuevamente con la misma cantinela? Rompió la carta, indiferente como antaño, sin dignarse contestarla. Y desde entonces rara era la hora en que al asomarse al balcón no viera al poeta pasar por la calle, mirándola con sus ojos soñadores, cuya inteligente belleza sentaba mal a la pobre vestimenta que cubría el resto de su cuerpo. ¡Ay!, en vano aquellos ojos mendigaban una mirada de amor de la esqui-

va deidad, encastillada en el orgullo: el mismo desdén de otros tiempos congelaba las pupilas de María Luisa al chocar con las del mudo adorador. Y sin embargo, seguía el cuitado rondando la fastuosa mansión, pero cada vez más triste, tanto, que diera pena a cualquiera que no fuese María Luisa.

III

—La llama su papá, señorita—dijo la doncella apareciendo en el umbral del cuarto de María Luisa.

—¡Qué extraño!—pensó la joven.—Nunca he necesitado papá avisarme de este modo.

Corrió presurosa al encuentro de su padre, y lo

Sólo por ti he tenido el valor de no matarme, al derrumbarse los últimos puntales de mi riqueza.

—Eso no es posible, papá. Díme que no es cierto eso; que es una broma tuya para asustarme. Mas... ¿qué te pasa? ¿Lloras?...

—Sí hija mía, lloro; lloro por ti, que vas a quedar en la miseria el día que yo te falte.

—Pero, ¿por qué no recurras a tu amigo Urquijo para que te salve del apuro?

—He acudido ya a él, pero ha sido para dejar a salvo mi honor, cumpliendo con el último compromiso impuesto por la fatalidad a mi dignidad profesional. Los últimos restos de mi fortuna, mejor dicho, de mi crédito, se los ha llevado hoy



halló en su despacho sentado en una antigua silla curul de inestimable valor, que sólo llenaba en la casa un lugar decorativo. Viendo llegar a su hija, se levantó Don Pedro presuroso, y, en silencio, abrazó a la joven fuertemente. María Luisa no comprendía el sentido emocional de tan vehemente abrazo; pero no tardó en averiguarlo oyendo las palabras que su padre dejaba caer sobre sus oídos, antes de desasirse los cuerpos de entrambos.

—¡Pobre hija mía!—gemía el banquero. ¡Estamos arruinados! Acabo de vender esta casa donde naciste y en la que he visto deslizarse los mejores años de mi vida. ¡Nada me resta nada!

(¿quién dirás?...) un antiguo empleado mío, Roberto Villa, enriquecido fabulosamente en la Argentina en cinco años de trabajos afortunados. Hace unos instantes ha recibido de mis manos un millón de pesetas, las únicas que he podido reunir con la ayuda de Urquijo, y las cuales estaba obligado a entregar a dicho Roberto, en mal hora aparecido.

María Luisa se había separado de su padre y ya no le oía. Al mencionar éste el nombre del improvisado millonario, comprendió tardíamente que el nuevo potentado y su fervoroso y platónico amante eran una misma persona. Y ella, que una hora antes le había despreciado por centési-

ma vez, mirando tan sólo a su ropa raída, tendría en breve que salir de aquella casa que ya tenía otro dueño, siguiendo a su padre por los implacables eriales de la indigencia, donde sus manos de muñeca y sus pies indolentes y blancos como copos de nieve irían dejando en los zarzales del páramo túrdigas de piel y rubíes de sangre. ¡Oh, no! Ella sabría atraer de nuevo al poeta millonario, que la adoraba (ahora estaba segura de ello) más que el fatuo de Carlos Urquijo que (ya se aclaraba el enigma de la ruptura) la había dejado al ver la inminente quiebra de Don Pedro Múgica. ¿Cómo no corresponder al poeta, si hasta le encontraba guapo y elegante desde que supo que, además de versos, firmaba cheques de un millón de pesetas? Sí; todo se resolvería; estaría en acecho todo el día, y cuando pasara bajo su balcón el tímido galán, ya no sería un clavel mustio lo que besaría entusiasmado, sino otro fresco y rojo que ella enfloraba en el rostro divino: su propia boca, que se ofrendaría gustosa, con tal de salvar a su padre de la ruina y de salvarse a sí misma (esto no lo decía ella) de las lacerias inherentes a la horrible pobreza.

Reflexionando así, y ya de vuelta en su cuarto, sobre un cojín de damasco vió un pequeño sobre llegado por el correo interior y puesto allí por la doncella mientras ella hablaba con su padre. Viendo la letra, se inundó de alegría su bellísimo rostro: era carta de Roberto. Abrióla con premura, pero apenas la hubo leído, cayó medio desvanecida sobre una silla, en tanto rodaban por sus mejillas gruesas lágrimas de dolor y de despecho. Así decía la carta:

"Por tu amor hubiera dado mil veces la vida; ¿cómo, pues, no había de conseguir enriquecerme, si la presea de mi triunfo podía llegar a ser

tu adorada persona, jamás olvidada durante los cinco largos años de mi ausencia, y más grata para mi alma que todos los millones que en dichas especulaciones he logrado reunir? Pero te sabía orgullosa; conocía sobradamente tu soberbia, y no me placía en modo alguno que, si llegaras a quererme, fuera por mis riquezas. Por eso, rico ya, aparecí ante ti tal como era hace cinco años; un miserable mendigo de amor, un pobre iluso, audaz hasta el punto de atreverme a soñar en la hija de mi propio jefe, pero falto de una dorada peana donde poder alzarme a tu nivel. ¡Ironías de la suerte! Ahora soy yo el encumbrado y tú la pobrecilla que al trocar su regalada existencia por otra de privaciones, pagará a la vida, que es lucha y dolor y no molice y solaz, el tributo de sufrimientos que a todos nos cobra tarde o temprano.

"No pudiendo hacer otra cosa, huyo de ti para siempre, desgarrándome el alma al decirlo. Voy a París en busca del olvido, del olvido que Verlaine libaba en el ajeno, y que yo buscaré en el espíritu rubio del champagne y en las risas estrepitosas y acariciantes de las cocotas.

"Comprendo que esta carta es cruel; pero culpa a la incomprensión de tu inteligencia y a la dureza de tu corazón el triste fin de lo que pudo ser la dicha de ambos.

"¡Adiós, única y última ilusión de mi vida... adiós... para siempre!—ROBERTO.

María Luisa, casi desmayada, seguía reteniendo en la crispada mano la postrera carta del poeta, justa como una sentencia, cruel como un castigo.

SANTIAGO ARELLNO YTURRIA.



AVISO

La Administración de esta Revista pone en conocimiento de los señores suscriptores y anunciantes que EXCELSIOR sale con un día de anticipación, por lo menos, a los días 10, 20 y 30 de cada mes. Todos aquellos suscriptores y anunciantes de Manila que no reciban sus respectivos números a su debido tiempo, sírvanse llamar al Teléfono 2-16-54 para formular su reclamación dentro de un plazo de dos días. Se ruega también a todos los suscriptores que cambien de residencia, den a esta Administración las señas de su nuevo domicilio.



131